

En la Muerte de Federico García Lorca

Por CONSUELO DEL RÍO

Con los temas de García Lorca y la aguda nostalgia de su poesía llena de luna y misterio, la poetisa mexicana, CONSUELO DEL RÍO, piensa en el poeta trágicamente desaparecido, en el García Lorca, de quien, con razón se ha escrito que siendo tan moderno y libre como el que más fue al mismo tiempo el más tradicional de los poetas contemporáneos. En estos versos de Consuelo del Río, la inspiración de García Lorca abre ondas de añoranza, como en la superficie cristalina de un estanque de viñeta romántica.

Quién dará para tus noches
España de los gitanos,
forjada en yunques de plata
luna vestida de nardos;
y voces de bronce y sueño
para asuzar tus caballos
que desgarran al galope
las entrañas de los llanos.

Callada está la herrería
donde plata se forjaba
para hacer ropas de luna
y perfiles de montaña.

Quién dará para tus campos
"verde viento, verdes ramas",
silencios de flores frescas
en las verdosas mañanas
que tejen con oro fino
auroras aljofaradas.
Verde y errante perfume
de mentas y de albahaca.

Está durmiendo el telar
de donde el hilo brotaba;
el viento vela un cadáver
en un rincón de Granada.

San Miguel guarda su espada
hecha de lirios y llamas;
San Miguel dice plegarias
y llora lágrimas blancas.
En el cielo hay una estrella
como rosa deshojada;
el polizón de la luna
no es de nardos, es de grana.

Ya no canta la zumaya
y está desierta la fragua,
en el suelo yace un hombre
con las dos manos cruzadas...

Noviembre de 1936.

Ideas que Construyen e Ideas que Destruyen

Por ANTONIO CASO

ANTONIO CASO es, en nuestro país, el tipo de pensador independiente. Constituye una opinión falsa la de quienes adjudican al maestro una actitud puramente conservadora. Durante su larga e ilustre labor intelectual, Caso ha combatido con igual entereza lo mismo el sectarismo pseudo-revolucionario que el sectarismo proveniente del sector cerradamente derechista, afirmación, esta última, que comprueba el artículo que nos honramos en reproducir. La obra de Antonio Caso marca una época brillantísima en la vida de la Universidad. Perteneciente en su mocedad al grupo del Ateneo de la Juventud, Caso no solamente ha influido fundamentalmente en modernizar la enseñanza de la filosofía, sino también en el capítulo de la extensión universitaria, habiendo figurado destacadamente entre los fundadores de la Universidad Popular, que hace algunos años funcionó en esta capital, patrocinada por el Ateneo. Si algún antecedente tienen los trabajos actuales de acción social de la Universidad Nacional, éste debe reconocerse en el empeño meritisimo de la Universidad Popular.

LA primera ideología constructora de la patria mexicana fue el catolicismo. Nuestra nación se cobijó a la sombra del árbol secular de la Iglesia y recibió el bautismo cristiano con el ser. España subyugó, desbarató, implacable, a las naciones aborígenes. El fraile misionero edificó. Y tan completa y ejemplar fue su victoria—dadas las condiciones irrefragables de la Conquista—que, hoy todavía, en la mente brumosa de los indios, la Iglesia impera convertida en idolatría casi pagana, pero con inalterable firmeza. No bastaron nuestras revoluciones consustanciales a desalojar del alma hurraña y hermética de los conquistadores, no ya el dogma católico propiamente dicho, que jamás pudieron asimilar, sino ese sincretismo sui generis de la creencia española con los restos del paganismo autóctono, que es lo que podría llamarse nuestro catolicismo popular. En los primeros días de la Conquista, los indios guardaban, bajo la piedra en que el sacerdote español oficiaba la misa, sus ídolos sangrientos. ¡Como si quisieran que al honrar al fetiche extranjero, se honrara indirectamente a sus dioses terribles! Símbolo, esta acción, del espíritu de los mexicanos que procede de una yuxtaposición de culturas disímiles, si no enemigas entre sí.

Pero la Iglesia primitiva, en América como en el Viejo Mundo; así sobre los restos de la heroica Tenochtitlán, como en las catacumbas romanas, evangelizó, civilizó, curó las heridas de los oprimidos; proveyó a la subsistencia de los débiles;

cumplió con su noble misión cristiana. Por eso, sin distinción de criterios, los mexicanos veneramos a los frailes de la Conquista. Aquellos santos varones fueron los verdaderos padres del pueblo que nacía. Más tarde, la Iglesia se sumó a la máquina del coloniaje; erigióse en una de tantas fuerzas con que se logró la dominación uniforme y dilatada de la Nueva España; la fuerza principal de aquel gobierno de siglos.

No obstante, al estallar la Independencia, humildes curas de almas, Hidalgo, Morelos, Matamoros, dieron su vida por México, y el larario de Anáhuac, donde ya moraban las sombras de Vasco de Quiroga, Motolinía y Sahagún, vió llegar como a su centro a las sombras augustas de los nuevos héroes epónimos. La Iglesia nos cobijaba otra vez, al nacer para la libertad.

El jacobinismo derribó al altar como la Independencia el trono español en América. Lo derribó física y moralmente. Propúsose arrasarlo con la piqueta y con la ley, con la espada y el pensamiento. Juárez abrió nuevas vías públicas en el corazón de las ciudades, donde antes se elevaron las suntuosas fábricas de los conventos e iglesias católicas. Ramírez una vez, como Luzbel frenético, golpeó con firme mano sobre los ornamentos sagrados, haciendo estallar las gemas de los ostensorios y tañer dolorido el oro puro de los cálices. Lerdo de Tejada, para acabar con todo lo católico, clausuró la morada de las hijas de San Vicente de Paul, y la última hermana de la caridad expatrióse para siempre... Nuestra comunidad rompió, decidida, los recios vínculos de su fe tradicional, y no bastaron a reanudarlos las cuarenta mil bayonetas de Napoleón. El Archiduke austriaco hubo de dejar, por el patíbulo de Querétaro, el trono de los virreyes, y la religión que a sí misma se apellida universal, se asentó para siempre de la conciencia de muchos mexicanos. Nuestra Carta Magna expone, hace ya más de medio siglo, el dogma del jacobinismo militante y triunfante. Laico es y será el Estado mexicano. La ideología destructora se incorporó para siempre, como canon del derecho público nacional y merced a la acción de los constituyentes del 57, en el organismo jurídico patrio.

Después, al jacobinismo siguió el positivismo. La nueva ideología constructora nos desposó con la Ciencia—así con mayúscula y en singular—. No más metafísica disolvente, sino ciencias, verdad, luz. México quería una tesis política inalterable; digna de su paz orgánica. Descansaría la sociedad de sus dolencias constantes y restañaría sus heridas profundas. ¿Quién no está de acuerdo con la Verdad? ¿Quién pretenderá eludir el imperio de las leyes naturales? ¿Qué podríamos temer ulteriormente, si asentábamos el porvenir de la República sobre la base incommovible de un axioma?... Y los años del Gobierno de don Porfirio Díaz continuaron su fácil y monótono discurrir. Como en la época gloriosa de los Antoninos, como en los días de Adriano, los anales de ese período no dan materia suficiente para escribir dramáticamente la historia; los cronistas más verídicos confiesan que nada extraordinario aconteció. México ascendió al sitio que le compete entre las naciones.

Nuestra prosperidad material se afianzó. Nuestro nombre se pronunció con honra. Nuestro porvenir mostrábase risueño y feliz... Mas he aquí que, como por arte de encantamiento, se deshizo aquel mágico imperio y opulento bienestar. Los disparos de Ciudad Juárez dieron al traste con la obra de Adriano. La ideología constructora se desvaneció en la volutas del humo del cañón, y una nueva guerra—que va siendo ya tan larga como la que consumó nuestra emancipación política—no acierta a terminar.

Urgenos, pues, definir hoy la nueva idea constructora, conforme al ritmo interno de nuestra historia: catolicismo, jacobinismo, positivismo, escepticismo... ¿Quién nos la dará? La Iglesia, no. Ya está juzgada en la dialéctica de la ideología nacional. Los jacobinos, no. Ya lo están también. Tampoco los positivistas, cuya derrota, fresca y lozana los aleja tanto de nosotros, ni los escépticos contemporáneos que suelen repetir con suficiencia: "no tenemos remedio". ¿Quién nos la dará?... Permítasenos responder con la más profunda convicción: No se trata de una nueva idea, sino de algo más íntimo y cordial; de un sentimiento, de una actitud, de una fe, vieja y nueva como la misma humanidad. Cuando los asuntos y problemas sociales parecen no tener solución, es que las ideas solas no los pueden resolver. Se necesita de un acto de sacrificio: la religiosidad cristiana que palpita sobre el mundo después de la guerra de las naciones. *No Cristo Rey, sino Cristo Pueblo*: he aquí la máxima y el acto que nos pueden salvar. La más urgente de las enseñanzas, entre nosotros, es predicar el olvido de las ofensas y el amor al prójimo. Así se logrará disminuir el encono de los dos adversarios pujantes que proceden de la misma avidez, (el "no contentamiento, sino más poder", que dijo Nietzsche): la codicia de los desposeídos engendrada por la avaricia satánica de los poderosos. El problema social de México, como el de todas partes, es una cuestión moral.

En el momento que la Iglesia Católica se apresata a celebrar, con su pompa de magnífica exterioridad, a Cristo Rey—los reyes son hoy, simplemente, en España o Italia (las últimas regiones donde pueden reinar), los primeros súbditos de sus nuevos amos: los grandes visires afortunados—; celebremos nosotros al Jesús eterno de las Bienaventuranzas, no sobre la cima de los montes, en donde nadá tiene qué hacer, sino en las lobreguces de nuestro propio corazón.

Esta Revista constituye una de las publicaciones del Departamento de Acción Social y se edita bajo la dependencia de la Jefatura del propio Departamento.